

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

... "y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EDITOR

J. García Monge

Teléfono 3754

Correos: Letra X

En Costa Rica:

Sus. mensual ₡ 2.00

EXTERIOR:

Suscripción anual:

\$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York



QUÉ HORA ES ... ?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

¿Cuál progreso?

(En el Rep. Amer.)

Principios de este siglo. Jubileo de la Reina Victoria. La generación que lo celebra no ha sabido de guerras: acaricia la esperanza de una paz y un progreso indefinidos. Estallan en el tiempo, como cohetes maravillosos, nuevos y nuevos inventos. Se desafía a las leyes de la gravedad y la pesantez: perforan los aires los rascacielos de Nueva York; cruzan los ámbitos los primeros aviones; el automóvil comienza a popularizarse; los puentes más largos del mundo se tienden de ribera a ribera.

El dolor y la miseria parecen anacrónicos. Las masas ascienden en su nivel de bienestar y de cultura. Por todas partes se dictan leyes de previsión que resguarden la dicha del hombre incluso ante la enfermedad, la cesantía y la invalidez. Es cierto que en los barrios bajos de Londres, de Nueva York o de San Petersburgo, el hambre cava surcos en la carne dolorida; pero eso ya se va a remediar también: es cuestión de algunos años, de algunas leyes, de algún ajustamiento en la maquinaria del progreso.

En las escuelas inculcamos a los niños la fe en la ininterrumpida depuración humana y en la superación de todos. Es nuestra religión. Nos sacrificamos para asegurar ese milenio, ese paraíso, esa hermandad del mundo que parece acercarse tanto que no vamos a morir sin verla. Los dolores, las injusticias, las crueldades son accidentes involuntarios, jamás actos premeditados y realizados implacablemente. Y miramos a los siglos pretéritos con horror, casi con altanera soberbia, porque nos juzgamos mucho mejores que ellos, que permitieron alguna forma de esclavitud, de explotación o de iniquidad organizada.

Sobrevino la guerra del 14. Nos sobrecogió de espanto; pero no logró desarraigar las esperanzas. La consideramos producto de errores, de equivocaciones, de celos y prepotencias internacionales. La combatimos en nombre de la democracia y para que fuese la última de las guerras. Y creamos una Sociedad de las Naciones que ayudase a guiar el mundo por los senderos de la paz, del adelanto, de la prosperidad y la fraternidad crecientes de los cuales se había desviado por unos años nefandos.

Continuó la era de los descubrimientos e invenciones prodigiosas. Los aviones aumentaron en seguridad; la ciencia médica anestesió el dolor y alargó la vida. El carpintero, el albañil, el artesano en los Estados Unidos manejaron automóvil, escucharon la radio, gozaron de la tibieza del baño, del agrado de la calefacción, de una alimentación de reyes, de

una educación de príncipes. Miramos al siglo como un camino hacia una sociedad humana depurada ya de luchas injustas, de tormentos y desconsuelos irremediables.

Mas, sobrevino la segunda guerra. Y ya no hubo posibilidad de continuar esperanzados. Se desató, como nadie lo habría imaginado jamás, ese antropófago, esa bestia que vivió en nosotros en los siglos de las cavernas, ese animal que no reconoció hermandad, ni fraternidad humana, ni compasión, ni piedad. Surgió para triturar y reducir a nada todo respeto a la dignidad del ser humano, lograda al través de veinte siglos de civilización. La ciencia y el progreso se pusieron al lado de Satanás para herir, torturar, infringir los padecimientos más atroces.

Esto sucedió en los países más cultos, entre las gentes que manejaban e ideaban las máquinas más perfectas, el arte más elaborado, que hacía gala de un progreso más difundido.

Brutalmente hemos tenido, entonces, que confrontarnos con nosotros mismos y preguntarnos sin ambages: este progreso que nos enseñaron a admirar, ¿es en realidad una etapa de perfección? Engendró a los que infringieron las agonías inenarrables de los campos de concentración, el crujir de los huesos torturados, el chirriar de los cuerpos arrojados aún vivientes a los hornos crematorios, alentó la guerra total, el asesinato de razas y de pueblos. ¿Ha mejorado la humanidad? ¿Es esto adelanto?

Una convivencia humana más fraterna, más noble, menos injusta. Eso es la meta del progreso. Empero, los medios que vulgarmente empleamos para lograrla no se compadecen con tal objetivo.

Imaginamos que un hombre progresa cuando aumentan sus posibilidades: de adquirir más cosas materiales, más poder o más influencia. Si de profesor pasa a director; si ayer andaba en carreta y hoy en automóvil; si de

comerciante que giraba con cincuenta mil pesos hace hoy negocios de millones; si de asambleísta pasa a dirigente del partido, a diputado, senador o ministro, decimos que ha adelantado. No nos preguntamos cómo se ha verificado el cambio. Si ese profesional cumple torpe y desganadamente sus deberes, si el peatón jamás ha disciplinado sus impulsos, si el comerciante es deshonesto y marrullero, si el político es ignorante y venal, y si al trocar su posición humilde por otra de mayor importancia han usado malas artes, atropellado la justicia, el derecho, el mérito, la honradez, ¿en dónde hay progreso? Por el contrario, al ensanchar su campo de acción, agigantan su posibilidad de ejercer el mal.

¿En dónde reside entonces el secreto de una verdadera depuración. ¿De qué modo podemos acercarnos a ella? Mejorándonos a nosotros mismos. Hoy como ayer y como siempre, el hombre es la medida de todas las cosas, el que les da significación y valor, el que puede emplear para bien o para mal los instrumentos de la ciencia, del gobierno y de las colectividades humanas. Si el progreso no se asienta en el espíritu mismo del hombre y no le induce a elegir en vez del egoísmo, la solidaridad; en vez de la injusticia que me favorece, el derecho que asiste al contrario; en vez de la soberbia y la intolerancia, la fraternidad y la comprensión, estaremos abocados en cualquier instante a que todos los poderes que el hombre ha acumulado gracias a la ciencia y a la cultura sean utilizados en su destrucción.

El mundo occidental no conoce, fuera de las religiones, la técnica de un perfeccionamiento íntimo que se conjugue con un mejoramiento social. Los sistemas pedagógicos están atados aún a lo intelectual; los maestros enseñan erudición; el mundo inculca la reverencia por los valores materiales. Coloca el dinero y el poder como meta y desdeña a quienes no los acatan.

¿Un reto no a la religión? Y para aquellos que no alcanzan la gracia de la fe, ¿qué cosa? ¿Un retorno a la vida sencilla? Tampoco, porque muchos de los inventos modernos son utensilios de bienestar de los cuales la humanidad no debe ni puede desprenderse. ¿Entonces, qué? Una nueva valorización de lo ético-social; una educación que nos habitúe a fraternizar más de verdad, aliviar mejor la miseria, la injusticia y el dolor; una educación que coloque el intelecto como medio y a la ética social como fin, que lejos de exaltar la soberbia egoísta nos induzca a considerarnos parte responsable de un conglomerado en que todos tienen derecho a recibir en justicia, a vivir en dignidad, a crecer en esperanzas.

En estos instantes de inseguridad e inestabilidad mundiales, vale la pena meditar sobre estos problemas de vida y muerte para nuestra civilización, y preguntarnos si la clave de ellos no está en el corazón de cada uno de nosotros.

Amanda LABARCA H.

Santiago de Chile, 1948.

Octavio Jiménez A.

ABOGADO Y NOTARIO

Oficina: 25 vaars al Oeste de la
Tesorería de la Junta de Protección
Social

TELEFONO 4184
APARTADO 338